

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA.

En el Interior:

\$3 75-TRIMESTRE, \$7 SEMESTRE.

UN AÑO \$12-75.

Numero suelto á Cts.

30.



LA REDACCION

CALLE DE

S. MIGUEL, NUM. 18

ADMINISTRACION:

HALLAGE EN

LAS OFICINAS

DE LA "PROPAGANDA LITERARIA,"

Habana, n.º 100.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN

la Habana á Cts.

25.

# DON JUNIPERO,

SATIRICO Y LITERARIO.

AÑO VI.

REDACCION:  
CALLE DE S. MIGUEL, NUMERO 18.

HABANA, DOMINGO, 26, SETIEMBRE, 1869.

ADMINISTRACION:  
CALLE DE LA HABANA, NUMERO 100.

NUMERO 50.

## SUMARIO:

TEXTO.—Memorias de un muerto, por El Moro de los DATILES.—Música Celestial, por Abu-OZMIN.—Despedida á cierto país..., por M. del PALACIO.—El Rey que vendrá, por Luis de EGUILLAZ.—Cartas á "Don Junipero," de Nueva-York, por El Moro CASTEL; de Puerto Príncipe, por Jala-MALA-JA.—El Carretero, traducción de AB-BILIN.—Cinco semanas en burro, por DOS MOROS Y MEDIO.—Juniperatas.—Advertencias.

CARICATURAS.—Por BAYACETO

## MEMORIAS DE UN MUERTO,

CONTADAS POR EL MISMO.

Soñé que me había fusilado Quesada, y á fe que lo sentí, no por ¡Gran Dios! morir si giovane..... sino por lo que iba á penar después.

Todavía siento los cuatro tiros en la cabeza, y según he podido examinar más tarde, no fueron esféricas ni cilíndricas las balas con que me mataron; eran cuatro pedazos de una ganzúa rota en el saqueo de las Tunas el día anterior. Mas el cómo había yo caído en manos de Quesada, es lo que no he podido averiguar aún.

Yo, cuando era vivo, no había salido de la Habana; Quesada andaba con las tunas, digo, por las Tunas, y sin embargo, la ganzúa que abrió tanto escaparate veinticuatro horas antes y á doscientas leguas de distancia, vino á levantarme los cascos, demostrando á los de Cascorro, que yo era hombre de seso.

Quedéme exánime, como al que lo fusilan, y mi alma, por los resquicios que dejó abiertos la ganzúa, voló, no á la eternidad, sino á la copa de un árbol, mientras los fusiladores echaban la otra á mi salud.

¡Para copas estaba yo después de sufrir el copo!

Tomó mi alma asiento entre las ramas, cual otro sinsonte, y se puso á contemplar aquel espectáculo.

Me habían dejado en..... ¡juerno! y qué feo estaba, fusilado y desnudado!

Perdió toda la ilusión..... sintió haber estado encerrada tantos años en aquel escaparate... aplaudió la facilidad con que los *mambises* manejan la ganzúa.

El reparto de mis bienes se hizo en un *santiamen*.

El uno se puso las botas, al otro no le llegaba la camisa al cuerpo, este se caló el sombrero, aquel le apretó el corbatín á otro, y hasta una *suripanta* se puso los calzanes viendo que aquellos *calasimbos* no tenían fuerza para llevarlos.

Ninguno quiso el *chaleco*, por ser prenda que abundaba.

Había tantas *mambises* presenciando la distribución, que mi pobre cuerpo, al verse hecho un *Adán*, muerto y todo se ruborizó; ellas no se inmutaron ante este *primer acto* de la inhumana comedia que iban á presenciar, porque ya estaban acostumbradas á ver las piezas enteras.

Cortáronme después la cabeza ¡vaya un dolor que sentí! y la clavaron en un palo para espantar los *gorriones*, que así los dejarían con más tranquilidad.

Este segundo acto de escamoteo me llegó al alma, que continuaba en el árbol; ¡yo perder la cabeza! tan bien sentada como la tenía, porque de vivo no era mala cabeza, ni mucho menos, sino un chico un poco cabezon y que si la tuve á pájaros, ahora por ser *gorrion* me la cortaban los *bijiritas*.

¡Vaya una ocurrencia feliz!

Perdida la cabeza y perdido todo, *hormis l'honneur*, ya no me quedaba nada que perder entre aquellos perdidos: pero Quesada, que no perdía ripio en cuestion de hallazgos y pérdidas, quiso registrar los bolsillos del que fué mi *chaleco*, por ver si encontraba algo.

Estaban vacíos..... y el generalísimo, *embargado* por el despecho que le produjo aquel *camello*, arrojó la prenda lejos de sí, refunfuñando unas palabras que no puedo poner aquí por respeto á Guttemberg.

Al caer el chaleco en el suelo se produjo un sonido metálico, y cien *mambises* cayeron á la rebatiña sobre el infeliz *desmangado*, que quedó hecho mil pedazos bajo la presión de otras tantas uñas.

Noventa y nueve *mambises* se retiraron mohinos á esconder en la manigua su desesperación, mientras uno, con aire triunfante, desplegaba entre sus dedos un pedazo de percalina.

Era Eligio Izaguirre, que, como ministro de hacienda, había dado con las arcas de mi tesoro; había salvado á la patria, y su reputación financiera se colocaba á una altura piramidal.

Ya Quesada iba á echarle la zarpa, colocado sigilosamente detrás de él, cuando ¡oh terrible desengaño! aquel arrugado forro, deshaciendo su último doblez, descubrió.....

Yo les diré á ustedes lo que descubrió.....

Un boton de la pretina, que cuidadosamente guardaba yo en vida, para que me lo pegara en su sitio mi patrona doña Paca.

Las lágrimas se le saltaron á mi alma al ver aquel pobre boton, considerando que ya no volvería á entrar en su ojal.

Y fué tal el floriqueo, que unas *mambises* que estaban sentadas al pié del árbol se sintieron todas mojadas.

Quesada ordenó en aquel instante que se me hiciera *cuartos*, ya que en mis bolsillos no había pesetas, para pagar de ese modo el botonazo que se llevó.

La operación se hizo en un dos por tres, y sin contar la cabeza, que en la punta del palo